

—Haga Ud. lo que quiera, me respondía; yo no he tenido la culpa.

Redondo le salvó; porque llegó á punto que yo iba á azotar la cara del cobarde muchacho.

—Pero, hijo mío, dijo Pedro, impuesto de lo ocurrido ¿qué diablos tiene Ud. que no le entran las cosas en la cabeza? Ya se convirtió Ud. en paladín de la trompuda esa. Pues sí, señor; Jacinta es eso que Joaquín dijo, y porque lo es la enamora Ud. ¿O está Ud. enamorado de ella de veras? ¡Pues vaya que tendría gracial

Se rió con todas sus ganas; habló más, burlándose de mi arranque quijotesco; volvió á reirse; Joaquín se hechó de carcajadas, y yo al fin, avergonzado de haber defendido á Jacinta, tuve que reirme para disimular mi vergüenza.

XV

Adelante.

Mi último artículo contra Don Mateo no apareció alsiguiente día en *El Censor*, cuando esperaba yo leerle y releerle impreso, para saborear las lindezas que del famoso general decía, y satisfacer de algún modo la sed de venganza que me abrasaba y que sentía yo acrecentar cada vez que venían á mi mente las ideas y pensamientos que en vano trataba yo de desechar ó de ahogar en sensaciones fuertes.

Llamé á Claveque y le reclamé con enojo aquella falta; pero él se disculpó con el exceso de material, del que el regente de la imprenta tomó lo que quiso, y acabó de cal-

marme con ofrecirme que cuidaría de que no faltara en el próximo número tan precioso artículo. Me habló en seguida de la alegre comida del día anterior; recordó con admiración un brindis mío, lleno de elocuencia fogosa é inspirada, y por último me habló de Jacinta.

No se me quitaba de la cabeza la gorda Barbadillo desde que desperté, y sentía yo como necesidad de hablar de ella, mientras podía ir á buscarla. Referí á Claveque lo ocurrido, aliviando la parte de exaltación mía que había sido causa de avergonzarme, y mas bien me pinté como calavera desalmado sin pudor ni respetos ningunos. Y mi compañero aplaudió con entusiasmo, me animó en la empresa y concluyó por repetir varias veces:

—Eso es hecho...

Contóme varias aventuras propias, excitándome á imitarle; y yo, á falta de otras reales, me ví necesitado á inventarlas, para no confesar mis buenas costumbres.

Al medio día, Redondo llegó á buscarme, y salimos para comer juntos en una fonda.

Traía una buena noticia en el pico de la lengua: baile en casa de las Valcuernos. Irían las *chalupas*, aquellas dos morenitas de la Plazuela del Arbol. La mayor *entraba* bien con Redondo; la otra *entraría* facilmente conmigo, la del lunar junto á la oreja, que siempre se estaba mordiendo los labios. Los españolitos y oficialetes que solían camelar á esas muchachas, no eran capaces de hacer una conquista en pocos días; pero yo, con buena verba en el baile, ir á dejarlas á su casa, y llevarles después un regalito... Ni cosa mas sencilla.

Animadísimo me puse; tomamos una botella entre los dos, que acabó de resolverme á todo, y por consejo de Redondo, para tener propicias á las Valcuernos, les mandé en seguida una cuota superior á la mayor que hubieran recibido.

En la noche era yo el niño mimado de los dos solteronas empecatadas, despertando la envidia de todos los concurrentes, incluso Muñoz y Sánchez que no faltaron. Joaquín estaba también allí, y aunque fingía

indiferencia, noté que estaba alejado de nosotros, uraño y con mala cara.

Bailamos hasta la hora del alba, en medio del desorden que era la esencia de aquellos tormentosos bailes. Los licores, malos, pero fuertes y abundantes, surtían sus terribles efectos; hubo los bofetones de costumbre; algún individuo lanzado de la sala rompió por la calle dos vidrios de las ventanas; se oyeron injurias, se concertaron desafíos; y yo, resueltamente protegido por las dueñas de la casa, bailé toda la noche con la *chalu-pa* menor, obtuve de ella grandes promesas, fui con Redondo á acompañar á la familia hasta su casa, y ofrecí para el siguiente día una pulserita de oro que ella había visto en algún escaparate.

A otro día yo busqué á Redondo y ambos concertamos un nuevo baile. Si los demás contribuyentes andaban tacaños, yo pondría de mi bolsa la parte necesaria. Fuimos á decirlo á las Valcuernos y á poco más se vuelven locas de alegría. Comimos con ellas, y yo pagué el vino que se mandó traer al tendajón de la esquina. Me elogia-

ron mucho, me aseguraron que tendría buen éxito la conquista, bebieron mucho, Redondo dió un abrazo á una de ellas, y la otra se propasó hasta decirme:

—Si yo fuera la Chalupita.....

El baile quedó concertado para el día siguiente, y Redondo y yo salimos de aquella casa ya entrada la noche, para ir á la Plaza del Arbol y dar á la Chalupita la pulsera por la ventana.

—Ahora Jacinta, dije á Redondo.

—¡Por supuesto! me contestó

Y á las nueve volví á la escalera de la casa de huéspedes.

Jacinta salió un momento no más, porque su padre estaba solo y ella temía una sorpresa. Llenó de injurias á Joaquín, me arañó la cara, y citándome para otra noche, huyó de repente, después de ofrecerme que haría lo que yo quisiera.

La precipitación de Jacinta no dió á Joaquín tiempo para retirarse, y al abrirse la puerta, apareció detras el flaco estudiante, que nos asechaba por una rendija.

Salí de allí repasando en mi memoria to-

das las palabras de Jacinta. Estaba resuelta á todo, á todo absolutamente: quería demostrar que nadie podía quererme como ella; y para conseguirlo, comenzaba por no exigirme ya nada de lo que ántes era para ella condición indispensable. También me había dicho que ella desbarataría todos los planes urdidos para vencerla. ¿Qué significaba esto? Era interesante saberlo, y Redondo podría darme la explicación, porque Jacinta había mentado su nombre en medio de aquel embolismo.

Redondo debía de andar otra vez por la Plazuela del Arbol, pues tenía cita con la *Chalupa grande*. Tomé el camino, trémulo todavía y agitado por los estrujones y el contacto de la Barbadillo, cuyo cuerpo me parecía sentir aún recargado sobre mi pecho. La noche era oscura; pocos transeuntes interrumpían con el ruido de sus pasos el silencio que reinaba en las sucias calles del barrio, y uno que otro guardian del orden descansaba en el hueco de una puerta al lado de la linternilla de miserable luz. Para no ser indiscreto, me detuve á regular dis-

tancia de las ventanas de las Chalupas; pero no ví á nadie, y fui acercándome hasta llegar á la puerta de la casa de vecindad. No estaba enteramente cerrada, y sospechando que Redondo estaría dentro, volví sobre mis pasos y me detuve en la esquina inmediata.

No tuve que esperar mucho tiempo. A poco ví salir de la casa á un hombre con precipitación, y escurrirse por la pared hacia mí. Era Redondo, que al pasar me reconoció y me dijo:

—¡Vámonos!

Y apenas vuelta la esquina, echó á correr, obligándome á imitarle. Detúvose, cuando creyó salvado el peligro, y me explicó lo que había pasado. Había hecho amistades con un vecino de la casa, y por este medio logró platicar con la Chalupa á su sabor; ella estaba resuelta á fugarse de la casa paterna, y eso exigía precisamente. Trataba Redondo de arreglar la manera de hacerlo, cuando el padre de la muchacha salió á la puerta de su habitación buscando á su hija; la cual en el momento en que hablábamos

debía de estar recibiendo unas dos docenas de coces del viejo. Redondo había procurado solamente no ser conocido por él, y creía haberlo conseguido.

—Mañana, me dijo, arreglaré con ella en el baile la manera de llevármela de su casa. ¡Si Ud. se llevara á la otra!

Un escalofrío sacudió mi cuerpo, al concebir una idea que tuve miedo de expresar.

—Y si.....

—¿Y si qué? preguntó Pedro.

Vací un instante, y dije venciendo el miedo que me causaba la idea:

—¿Y si me llevo á Jacinta?

—¡A Jacinta! ¡Soberbio, hombre, soberbio! ¿Consentirá?

—Consiente en todo.

—¿Habló Ud. con ella?

—Acaba de decírmelo.

—Pues ni dudar. Lo arreglarémos. Vea Ud.: todo junto no puede ser, porque necesitamos ayudarnos recíprocamente. Primero Jacinta, que es más difícil. Yo entretengo al viejo, y Ud. se la lleva..... veremos dónde. ¿Tiene Ud. dinero?...¿No?... pues con-

sígalo, que para Ud. es fácil. Para comodidad, un coche en la esquina de Corchero; yo me encargo de eso, antes de entrar á la casa. Después vendrémos por la otra, valiéndonos de un medio parecido, aunque como aquí hay más libertad, no es necesario entretener á nadie.

Temblaba yo al oír á Redondo, como si estuviéramos en aquel instante ejecutando la acción; pero el programa me seducía y no me sentía yo incapaz de rechazarle.

Ante todo, era preciso que yo propusiera la fuga á Jacinta; que la obligara á consentir, y concertara con ella el día y hora en que había de ponerse por obra. Hablamos larga y animadamente, y en el curso de la conversación supe que Redondo había dicho á Jacinta que *la otra*, sabiendo que yo seguía enamorado de aquella, trataba de obligarme á apresurar el casamiento á que yo estaba comprometido, para lo cual se valía de mi caballerosidad y abusaba de mi nobleza de corazón. Y conocido por Redondo el efecto que causaban en Jacinta estas invenciones, propúsose que al día siguiente

insistiría en decir más, mucho más á la Barbado, para ponerla más rabiosa y capaz del mayor despropósito.

Al día siguiente, Redondo se metía de rondón hasta mi alcoba, para despertarme y exigirme la cuota, que ya esperaban las Valcuernos, para alistar la sala y apercebir licores y pastelillos. La hora del despertar es hora de la remisión de todas las fiebres morales, y quizá me habría sido provechosa; pero Redondo combatió el saludable efecto del sueño y el reposo, con sólo recordarme á Jacinta y á la Chalupa, y pintar con vivos colores el buen éxito de las dos conquistas.

Vestíme á la carrera, mirándome al espejo con cierta complacencia de buen mozo, y vacié después mis bolsas en manos de Redondo, que todavía creyó que no era la cantidad ofrecida lo bastante para quedar enteramente bien. Estábamos todavía lejos de la fecha en que Albar hacía sus pagos, y yo no tenía una peseta en el bolsillo.

Salió Redondo, pero mi imaginación quedaba hecha un horno que yo sólo me encar-

gaba de atizar. Claveque escribía en su mesa con precipitación, porque faltaba material para el número del día siguiente; y yo no fui á ayudarle, porque no tenía gana de trabajar, y sabía que á mi compañero no le faltaba nunca asunto de interés para llenar el periódico. Me limité á recomendarle con insistencia que no quedara olvidado otra vez mi artículo contra Don Mateo.

A las doce Redondo estaba otra vez en la redacción. ¿Quién comía en casa en día de baile? Era preciso ir á una buena fonda y beber algo fino, para anticipar las alegrías. Y que teníamos que concertar nuestros planes.

En efecto, yo también deseaba vivamente ir á una fonda; pero... la verdad, no tenía yo un centavo. Redondo se echó á reír. ¿Había cosa más fácil que pedir prestado á Claveque? Me resistí; insistió, no contesté. Entonces Redondo se lo dijo á Claveque y éste, abriendo la gaveta sacó un rollo y me lo entregó.

—Le hará falta, dije yo sin tomar el dinero

—¡Qué falta! contestó Claveque. Mire Ud. Y abriendo más, puso á mi vista diez ó quince rollos iguales.

—Teme Ud. más, me dijo, poniendo otro sobre la mesa.

—Está bien, repliqué, se lo devolveré dentro de ocho días.

—No, señor; contestó Claveque, este dinero es de Ud. también. Tome Ud. de aquí lo que necesite

—No puede ser.

—Si puede; es el valor del primer trimestre de anuncios, que nos corresponde. Es de Ud. tanto como mío.

Grande alegría tuve con la noticia. Tomé sin escrúpulo el dinero y salí con Redondo. Mandamos de camino un recado á Muñoz, y los tres comimos y bebimos de lo más caro en el mejor café que encontramos.

Llegó la noche y el desenfreno fué mayor que nunca en la calle de Los Migueles...

Cuando á las seis de la mañana, era yo conducido á mi casa entre dos amigos improvisados, Claveque se acababa de levantar y se rió maliciosamente al ver mi descomuesto semblante.

XVI

Biografía.

—Soy amigo del periodismo, pero de este periodismo...

—De combate.

—Sí, señor; del de combate. Los soporíferos diarios gobiernistas, me revientan; los serios de oposición que pretende tomar el título de razonada, me aburren. Por eso estoy satisfecho de mi compañero...

—Claveque.

—Claveque. Es escritor...

—Mordaz, muy mordaz.

—Y...

—Chispeante y valiente.

Por supuesto que el que de este modo me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1522 MONTERREY, MEXICO

interrumpía era el Sr. Don Javier Escorroza; á quien sufría yo desde hacía media hora, gracias á que no perdonaba medio para halagarme, prodigándome los piropos más extraños en su boca de envidioso vencido.

Media hora llevábamos de conversación, entados frente á frente en la redacción de *El Censor*; y si bien su visita me pareció muy extraña al principio, la encontré después agradable, porque el hipócrita surcidor de editoriales, había buscado con tino la manera de tenerme contento y propicio á sus fines. Cuanto era de mi agrado le agradaba á él; lo que yo tenía por malo él lo encontraba infame; y jamás en el mundo hubo mayor conformidad de pareceres, ni sentimientos que con mejor acuerdo caminasen.

¡Oh! ¡Claveque! Ya lo creo. Era un muchacho de privilegiada inteligencia, de dotes relevantísimas como amigo, como caballero, como ciudadano, y, sobre todo, como periodista.

—¿De dónde cree Ud. que procede Claveque? No se figure Ud. que acaba de salir de las aulas, ni de un establecimiento de co-

mercio siquiera. Si así fuera, sería una notabilidad extraordinaria. Vino de su tierra, en donde según un paisano suyo me contó, se ganaba la vida barriendo las calles frente á las tiendas y los edificios del Gobierno. Sí, señor, barriendo. Allí le pasó no sé que percance, y se vino para acá, á esta capital, en donde un empleado de la Tesorería general, su paisano, le consiguió una colocacioncita en una casa de juego. Hace tres años le ví yo en esa casa, porque solía yo ir allí, por vía de estudio de ese cáncer social, de ese asqueroso cáncer. He sabido que después fué pacotillero; pero tuvo algún quebranto en su pequeña negociación, y un comerciante que le protegía anduvo con él en pleitos, de los que resultó que el pobre de Claveque fuera á dar á la cárcel, contra toda ley divina y humana; porque en realidad, que yo sé muy bien, el llamado protector se quedó con algo de nuestro amigo.

Extendió Escorroza la vindicación de Braulio con grande amplitud y argumentación concluyente, persuadiéndome que era

puro y honrado; y reanudando el hilo de la historia continuó:

—Después perteneció á la policía; pero no crea Ud. que fué un policía cualquiera. No, señor; era lo más distinguido de la policía secreta, y si hubiera justicia entre nosotros, debiera haber sido nombrado algo muy bueno en ese ramo; porque era lo más astuto, listo y audaz que se conoce. De allí le viene ese gran conocimiento que todos admiramos, de la vida privada de las personas más notables. Para eso de averiguar lo que pasa en el interior de una casa ó en un callejón sin salida, no hay como el amigo Claveque: es una verdadera especialidad. ¿Ya oye Ud. esto? Pues fué destituido; y todo porque no se prestaba para ciertos manejos; porque, eso sí: el amigo Claveque es incapaz de apartarse del camino recto.

Tomó Escorroza el aliento necesario y prosiguió:

—Entonces fundó un periodiquín de una cuarta de largo; pero con tal arte, que del periodiquín comía, y después hasta bebía y se regalaba. Dejó ese periódico para fundar

otro, que no tuvo menos fortuna; luego otro y otro más, y siempre lo mismo; porque tiene manera especial de hacer las cosas, y siempre un papelucho cualquiera se acredita en sus manos extraordinariamente. Lleva de ser periodista cosa de dos años, y durante todo ese tiempo le he visto bien puesto, bien arreglado.

La biografía no me pareció muy honrosa; pero la verdad es que tampoco vergonzosa para Claveque. ¡Cualquiera puede verse en la necesidad de desempeñar ciertos servicios, si no tiene otro medio de subsistir! Y desde que Claveque fué periodista, nada había que decir, si no era en su elogio.

Y por cierto que tan alto era éste, que me ví en el caso de rebajarle un poco.

Sí; Claveque tenía chispa y gracia; pero no había que sacarle de allí, porque desbarataba lamentablemente. En asuntos judiciales de alguna importancia, que solía tocar *El Censor*, siempre defendía la injusticia. En el último número, precisamente, sostenía con vigor la causa de un tutor que había dejado en la calle al pupilo. En cuanto á sus noti-

cias, casi siempre eran dudosas ó resultaban á la postre falsas; pues en cada número se veía en el compromiso de desmentir lo dicho en el anterior. Y sucedía con la mayor frecuencia, que eso lo sabía yo cuando ya estaba impreso y áun circulando el periódico.

Escorroza me escuchaba, aprobando cada una de mis afirmaciones, y adelantándose las palabras con su acostumbrada impertinencia, mientras se subía hasta el entrecejo los movibles anteojos. Supongo que se estaba riendo de mí interiormente, y que gozaba con ello.

Con arte fué conduciendo Escorroza la conversación, hasta el punto que le importaba; pero tenía, sin embargo, cierto embarazo, que fuí notando al fin, y que me dió á entender que llevaba algún asunto escondido para soltarle á lo mejor.

¡Diablo, y que duro le habíamos dado al General Cabezudo! Cierto que para ello me había concedido libertad absoluta el Sr. Don Pablo: pero ya era demasiado para el pobre General. Además, no dejaba de ser incon-

veniente, porque según parecía, estaba muy abocado al Ministerio de Guerra. Era también muy buen amigo de Don Pablito, y ya tenía conocimiento de que *El Censor* dependía en cierto modo de Albar y Gómez. Y Albar estaba mortificado, muy mortificado.

Fuí exasperándome poco á poco, al ádivinar el punto á que Escorroza encaminaba la conversación, é interrumpiéndole con impaciencia, cuando ampliaba con interminables explicaciones lo de la mortificación de Albar,

—Es Ud., le dije, por lo que veo, un nuevo abogado que Don Mateo manda para hacerme callar...

—No, Juanito; replicó el vejete con sonrisa olímpica; vengo enviado por Don Pablito, para decirle á Ud. que no quiere que siga el periódico atacando á un excelente sujeto, como es el Sr. General Cabezudo.

—¡Cómo está eso! exclamé levantándome. Escorroza se levantó los anteojos dos veces seguidas, y con aire de humillante paternidad me dijo:

—No se irrite Ud., no se irrite Ud. El pe-

riódico puede continuar; yo le respondí á Ud. de que Don Pablito no le retirará su protección; pero tomen á cargo á otras personas, que las hay muy buenas y ya Uds. las conocen.

El inesperado golpe me aturdió de pronto, y no supe qué contestar; pues las últimas palabras de Escorroza demostraban una determinación ya adoptada por Albar, para el caso de desobediencia. Pero en seguida la cólera y la altivez de mi carácter me desataron la lengua.

—¿Y á mí qué me importa la protección de Albar? dije en voz alta. Más le ha valido á él mi pluma, que á mí sus favores; que ningunos son, puesto que no hace más que pagarme mi trabajo. No cedo un punto; á mí me toca imponer condiciones y no á él: ó continúo con la misma libertad que hasta ahora he tenido, ó que busque Albar quien sepa dirigir *El Censor* mejor que yo. Cualquier periódico de mayor importancia me acepta, me desea en su redacción, y no me ofrecerá el miserable sueldo que recibo de Albar.

—Calma, Juanito, calma; replicó Escorroza; ya me sabía que iba Ud. á decirme eso, y vengo autorizado para explicarle á Ud. ese punto. En cualquiera redacción, si le toca á Ud. la fortuna de ser admitido, le pagarán á Ud. veinte ó treinta pesos al mes.

La cólera y la risa hicieron un baturrillo dentro de mí, y lancé una carcajada insultante.

—No se ría Ud., dijo Escorroza.

—¡Cómo no; hombre, cómo no!

—¡Es decir que el Sr. Albar es tan espléndido protector mío, que me da cien pesos por hacerme el favor!

—No tanto. En primer lugar, él sabe todo el provecho que se puede sacar de Ud., sabiéndolo emplear; y luego, que no es él quien le paga á Ud., sino el Gobierno.

—¿El Gobierno? repuse con extrañeza.

—Sí, señor; porque en la composición que Albar tuvo con él, cuando se cambió *El Cuarto Poder*, se le concedió un empleo para que el redactor que escribía los más fuertes artículos quedara contento; es decir, para Ud. Pero como á Don Pablo le había ocurrido fundar con Ud. *El Censor*, no quiso dar el

nombre de Ud., y dió el mío. De modo que yo aparezco en las nóminas y Ud. toma el sueldo, que no hace más que pasar por mis manos.

Yo estaba aterrado y dí lentamente dos pasos atrás.

—Eso á mí no me importa, añadió Escorroza, porque en ese empleo no se hace nada. Es de inspector de no sé qué; creo que de letreros y muestras.

—¡Es decir, exclamé aterrado, que me mantiene el mismo gobierno á quien yo ataco sin cesar! ¡Es decir que soy yo un canalla como Ud., y Albar!

—Pero hombre..... tartamudeó Escorroza poniéndose en pié y retrocediendo al notar mi exaltación.

—Sí, dije dando un paso hacia él; tan canalla como Ud; porque Ud., lo es tanto como el otro!

—Calma, Señor Quiñones; no veo que esto sea motivo de que Vd., me insulte.....

—¡Miente Ud! grité, cambiando súbitamente de idea. Esa no es más que una patraña inventada por los dos para envilecer-

me y acorralarme, creyendo que por ese medio cederé á sus proposiciones.

—Señor Don Juan.....

—Vaya Ud., y diga á Albar, que continuaré atacando á Don Mateo, y que *El Censor* no necesita de él para subsistir. Que miente él, y que Ud. también miente en su nombre; que yo estoy cierto de que él, para aprovecharse de mi pluma, me ha dado esa miserable remuneración, y que el periódico queda en mis manos, con lo cual y sin las restricciones que él me ha impuesto, se levantará á la altura á que soy capaz de levantarle.

Escorroza, retrocediendo mientras yo, hablándole avanzaba, fué ganando la puerta. Estaba pálido, se alzaba los anteojos con frecuencia y precipitación y balbuceaba palabras que no pude oír. Al fin logró llegar al corredor. Al volver la espalda para buscar la escalera, avancé hasta el umbral, y deteniéndome allí, le grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Dígale también que es un canalla! ¡un canalla como Ud!.....